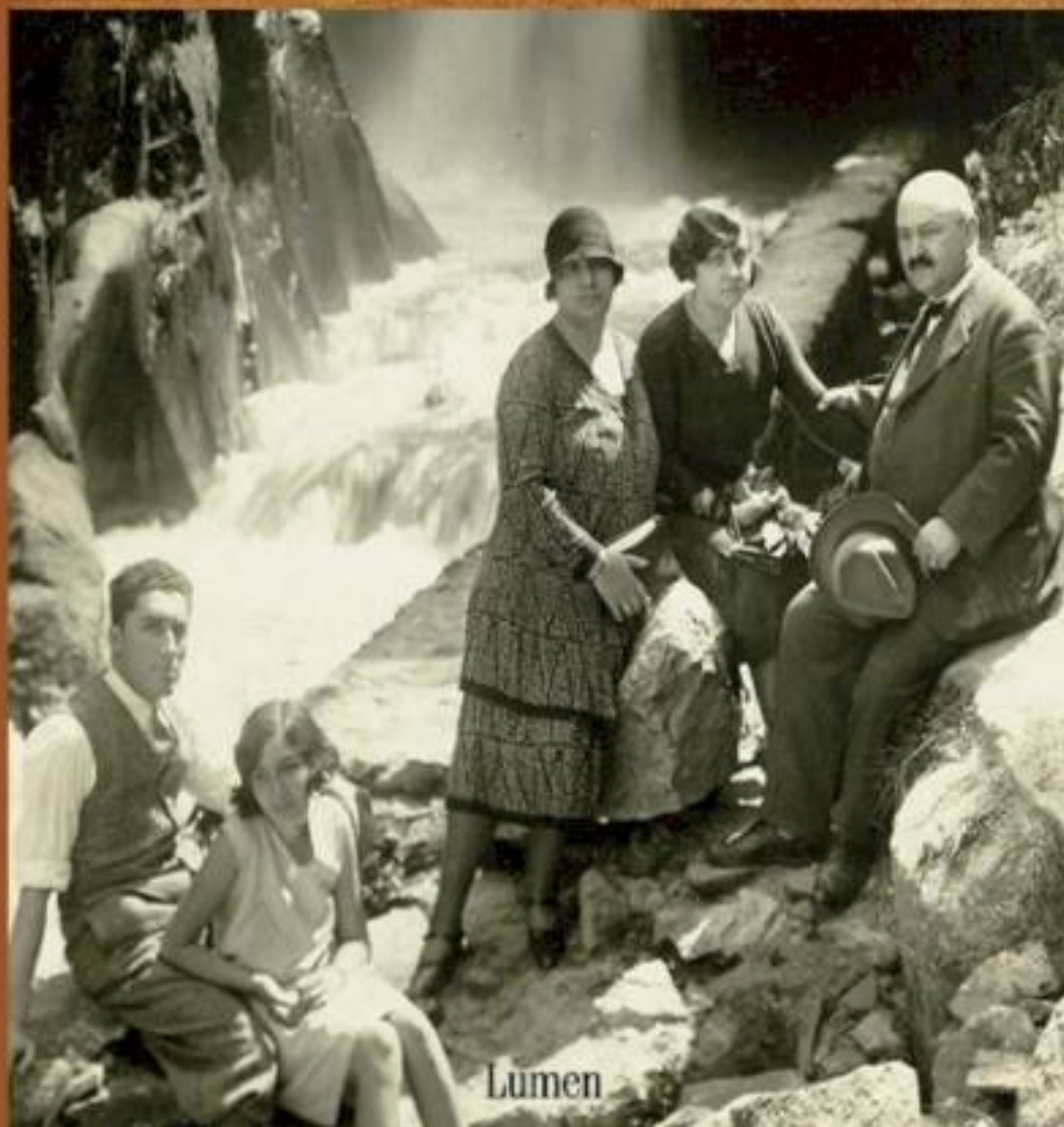


# TELA de SEVOYA

MYRIAM MOSCONA



Lumen

*A la memoria de mis padres*

*A los hablantes del judeo-español que murieron  
con su lengua en los campos de exterminio*

*A Natalia, a Miguel, a Irit*

Exterior es el límite. Interior, lo ilimitado.

EDMOND JABÉS

El niño que está detrás de la cortina se convierte él mismo en algo flotante y blanco, en un fantasma.

WALTER BENJAMIN

tela f.

1. Tejido hecho con hilos cruzados entre sí.
2. Trozo de ese tejido.
3. Asunto o materia de la que hay que hablar o que se presta a comentarios.
4. Del latín *textus* ("algo tejido").

Diccionarios diversos

Una telita de cebolla sobre la herida ayudará a cicatrizarla y a calmar el dolor.

Remedio casero

*El meoyo del ombre es tela de sevoya.*  
(La fragilidad humana es como la tela de cebolla.)

Refrán sefardí

## Distancia de foco

¿Todos los abuelos de la tierra hablarán con esos giros tan extraños?

Esther Benaroya creció envuelta en ese español entreverado con palabras de otros mundos. El judeo-español no fue la lengua de sus estudios pero sí la que escuchó de sus padres y abuelos. Más adelante vino a hablarla lejos, “a donde arrapan al güerko: Meksiko? Meksiko era para moztros, en la karta, solo un payis ke de la banda izkyedra le enkolgava una lingua larga kon el nombre de la Basha Kalifornia”.

Al poco tiempo de su llegada, Esther Benaroya, la abuela paterna, decide ir a Sears Roebuck, aquella tienda departamental, abierta ante sus ojos alterados por luz de neón. Necesita comprar pasadores para aplacarse los rizos. Sube las escaleras eléctricas con un temor que nadie parece distinguir. Se encamina al segundo piso y, muy segura de lo que busca, aborda a una dependienta:

—*Senyorita, kero merkar unas firketas para los kaveyos.*

—¿Unas qué?

—*Trokas, firketas.*

La empleada no alcanza a comprender.

Desde hace algunas semanas se aprendió la palabra “chingada” y luego “chingadera”, pero ella prefiere el diminutivo *chingaderika*. Así pues, se corrige:

—*Kero unas chingaderikas, bre.*

La empleada se sonroja y va disparada en busca del gerente. Esther Benaroya sale con un empaque de cartón lleno de pasadores con punta engomada. La hace feliz des-

esperar a la gente. Ya se le ha dicho que la palabra "chingadera" es una majadería en ese país, pero ella no se inmuta. Es su forma de decir "agora avlo vuestro espanyol komo lo avlash vosotros en la Espanya i en Meksiko". Unos se escandalizan, otros la ignoran o se carcajean ante sus chifladuras.

Antes de llegar a México sólo podía decir que era un país lejano donde se usaban *chapeos* de charro y se comía picante en forma exagerada. *Dize el marido miyo ke los mus-hos le kedan kemando dospues de estas komidas de foe-gos.*

Al desembarcar en estas tierras pensó por un momento que todos los mexicanos eran de sangre judía. Todos hablaban español, esa lengua de los sefardís de Turquía y de Bulgaria. *Ama aki lo avlan malo, malo... no saven dezir las kozas kon su muzika de orijín.*

## Molino de viento

En mi otra vida, la que recuerdo sólo en fragmentos, la que irrumpe a media mañana con mensajes de otros mundos, en esa vida, digo, me he visto al lado de un hombre que me recibe de frente y sin ningún miramiento comienza a desnudarse. Me ofrece todo lo que se quita.

—Te regalo esta ropa vieja —me dice—. Úsala aunque esté gastada.

Cuando me pruebo los pantalones siento cómo se me escurren del cuerpo; no hay forma de ceñirlos a mi cintura.

—Usa otra parte de ti para apretarlos —me dice pausadamente. Capto sus indicaciones. Llevo una trenza larga. Con un instrumento que él pone en mis manos, la corto de tajo. La trenza me sirve para tejer un cinturón y atarme la ropa al cuerpo.

Es un hombre de mediana estatura. Ojos grandes, brillosos. Conozco su cara, sus gestos. Lo veo mirarme y siento un impulso casi incontrolable de abrazarlo. Hay algo que me detiene. Me tomo la cabeza con las manos, cierro los ojos cuando irrumpe su voz al leerme estas líneas de un libro en caracteres cirílicos:

Quiero darte un consejo. Nunca pronostiques una muerte trágica en lo que escribes porque la fuerza de las palabras es tal, que ella, con su poder de evocación, te conducirá a esa muerte vaticinada. Yo he llegado a esta edad porque siempre he eludido hacer predicciones sobre mí mismo.

Algo me hace explotar en llanto. Cuando vuelvo en mí, lo busco. Ya no está. Sólo aparece cuando lo olvido. ¿Lo olvidó?

## Distancia de foco

Muerto en su cama, en México, a sus cuarenta y siete años. Me prometió un cochecito de cuerda que se desliza por la pared y nunca me lo dio. Me regaló una muñeca con chaleco rojo a cuadros y pelo crespo. No me gustan las muñecas aunque ésta sabe decir algunas frases con una voz aguda y fea, pero ¡sabe hablar! Expulsa las palabras desde un disco interno; allí pego la oreja, sobre sus pechos duros, de plástico. Sus palabras y las de mi padre muerto son igual de falsas.

Un rostro con líneas borrosas, apenas las distingo. Mi padre es de Plovdiv, una ciudad en las montañas de Bulgaria. Sé poco de él. Sé que de niño lo llevaron a vivir a Estambul, en su casa se hablaba ladino, volvió a Plovdiv ya en su juventud. Cuando comenzó la Segunda Guerra, a los judíos de Bulgaria se les impidió circular libremente por las calles; podían hacerlo dos o tres horas al día y volver al toque de queda, siempre a una hora convenida. Debían usar esa estrella amarilla pegada a la ropa. No en las mangas, como en Europa Central, sino arriba del pecho, en un lugar muy visible, para diferenciarse de los otros. Sus casas y negocios también debían distinguirse con claridad.

Un ideólogo antisemita de Bulgaria, de nombre Aleksander Belev —a quien le llamaban el Rey Judío—, amigo cercano del representante de la Gestapo en su país, había pasado una temporada en la Alemania nazi para estudiar las leyes antisemitas. Era un convencido del exterminio judío, vivía ansioso de colaborar con ese “noble propósito” y desde el Ministerio del Interior se encargó de preparar la nue-

va política judía del Estado Búlgaro, que mantenía en esos momentos excelentes relaciones con los nazis. Empezó a fertilizar el terreno para preparar los convoyes con buenos resultados, aunque a última hora se frustró su plan: el tren fue detenido y la gente que sería entregada en los campos de concentración quedó en libertad. De uno de esos vagones, incrédulo, agradecido, descendió en 1944 mi padre, con sus ojos grandes, envuelto en un abrigo gastado, casi al inicio de la primavera.



## Del diario de viaje

Algunos pasajeros del avión se parecen a mi familia materna. Boca ancha y el corte de huesos de la cara. Mientras se escuchan los avisos de aterrizaje pienso en aquellas cosas que deberían hacerse a solas. Ahora, en este tiempo, a esta edad, llegar a Bulgaria por primera vez. Hacer el recuento, pensar en las decenas de generaciones que vivieron en este país y hablaron el judezmo. Las palabras son frágiles y la memoria que tengo de ellas está rodeada de calor. Llega el avión a Sofía, rasgada por una lluvia delgada, constante. Hay algo que hace fricción. Es la memoria: el eslabón abierto de una larga cadena. Esa abertura que me une y me separa es la que me ha traído aquí.

*Ande topes una senyal, alevanta la kara.*

Eso hago en la sinagoga de la ciudad levantada en 1909. Subo la mirada a la lámpara más grande en los Balcanes: tiene cuatrocientas sesenta luces que equivalen a cuatrocientas sesenta plegarias. La influencia árabe, la sillería, las columnas verdes, los contrastes de tono.

—*This is the life* —dice el cuidador—. *Our style is colorful, is warmer.*

En el fondo, arriba del tabernáculo, hay una inscripción en hebreo: CONOCE FRENTE A QUIÉN ESTÁS PARADO. (Haga lo que haga, sé que Dios me mira, incluso en el baño me observa como un cíclope y yo le pido perdón. Suelto frente al tabernáculo un tembloroso "guay de mi-no". Así, como me enseñó la abuela.)

A la salida, enciendo dos velas sobre un pequeño estanque de aceite. Una por ella y otra por él, como en los viejos

tiempos.

Doy la vuelta en la esquina, veo el nombre de la calle Ek-zarh Yosif. Casi el de mi abuelo. Sonrío.

¿Mencioné a las dos madres? Ahora espero a una mujer mayor, reducida a un metro cincuenta.

—*En la chikez fui una mujer de alturas* —me dice, cerrándome un ojo después de saludarme en la lengua que me hace evocar un título del escritor israelí de origen rumano Aharon Appelfeld: *La herencia desnuda*. Eso se aproxima al calor del judeo-español en sus capas cubrientes. Y luego la mujer con su voz nasal, venida de Pasarjik, a cien kilómetros de Sofía. Allí pasó su infancia. Yo, en cambio, en mi herencia desnuda, más allá de la lengua, en los cuerpos que rodean mi *chikez*, papá y mamá, traigo, digo, la necesidad de inventarles biografías porque los perdí de vista; por eso vine, porque me dijeron que aquí podría descubrir la forma de atar los cabos sueltos.

## Del diario de viaje

—*Kreyo ke no debes fazer estos desinyos en tu kuaderno, ijika.*

—*¿Por qué no, abuela? ¿Te da vergüenza tener las tetas grandes?*

—*No avles ansina, te se va sekar la lingua.*

—*¿A mí? No se me va a secar.*

—*El Dio te va a kastigar i te poedes kedar jazina.*

—*¿Por qué? No es cierto que Dios me va a enfermar.*

—*No debes avlar ansina del puerpo.*

—*¿Por qué?*

—*Por mo ke una kriatura kon edukasion no deve avlar de esas partes del puerpo.*

—*¿Cuáles partes? ¿Las tetas?*

—*Te vo a dar un shamar. No kero sentir ke avles esos biervos de grandes. Tu sos una kriatura.*

—*¿Entonces cómo debo llamar a las tetas?*

—*Kon senyas, no kon biervos.*

—*Ah.*

El monasterio de Rila resuena en los cuentos que escucho sobre ese sitio histórico del siglo x, cercano a la capital de Bulgaria. Los monjes —pintados en los muros, en los frescos de la capilla— son idénticos a los que se pasean por el patio. Cuando caminan, bajan la mirada o la dirigen a una lejanía que los aísla de los visitantes.

Mi abuela Victoria, la mujer siniestra de mi infancia, me cuenta sobre los monjes del monte Athos. Me dice que jamás han tocado a una mujer.

—¿Ni para decirles buenos días, abuela?

—No, ama no dimandes tanta koza, pasharika, ke la kuriosidá es koza del diavlo.

Luego me explica que ningún ser del sexo femenino puede merodear el monasterio. Las cabras tienen prohibida la entrada (aunque ahora crían gallinas porque se comen sus huevos). Me intriga la historia de las mujeres proscritas del monte Athos. Dibujo un montecito con cruces dispersas y con monjes desproporcionados matando mujeres desnudas con flores en el sexo. Parecidos a los dibujos de Eva cubriéndose el pubis con hojas de parra. Las he visto en láminas a color en mi *Tanaj* de niños.

—No me plaze ke desines mujeres sin ropas.

—¿Por qué, abuela? Tus tetas son feas pero las de ellas no.

Y entonces me castiga encerrándome en el cuarto durante horas. Mi abuela tiene una extraña crueldad que yo sé despertarle como nadie.

Hay en Rila un monje sentado en una banca, cabizbajo. Parece dormir. No le quito los ojos de encima. Tendrá unos treinta años. Está escondido en unas barbas que rematan en su ombligo en forma triangular. Los ojos muy oscuros. Las manos huesudas le cuelgan a los lados del cuerpo. Parecen de goma. Es lánguido, como en los frescos, y de una forma inexplicable su cara dibuja su propia vejez, aún lejana, en ese rostro de ángulos en punta. Siente mi presencia y voltea. Le sonrío. Quisiera preguntarle por qué solamente los hombres tienen derecho de hospedarse en el monasterio. Mi evidente curiosidad le provoca una reacción inmediata. El monje se levanta con un ímpetu que no parecía guardar en su cuerpo deshilachado para dirigirse a una escalera cerrada con un aviso: *NOT ALLOWED TO VISITORS*. Y se pierde entre pasillos y habitaciones de esa construcción que venera a san Juan, el taumaturgo de Rila. Hubiera querido preguntarle al monje si era cierto lo que dice mi abuela: las mujeres les dan asco.

## Distancia de foco

—¿Qué hora es, abuela?

—*Ocho kere vente.*

—No hables así. ¿Qué hora es, abuela?

—*Ocho kere kinze.*

—No sabes ver la hora. ¿Qué hora es, abuela?

—*Nunka ni no, janum. Las ocho son. La ora de dormir.*

—No tengo sueño.

—*A echar, janum. A pishar i a echar.*

—No, quiero ver la tele.

—*Deja estos maymunas.*

—No, ¿por qué? Para que sepas: mi otra abuela sí me dejaba ver caricaturas.

—*Le dire a tu madre.*

—Pues dile.

—*Le dire a tu padre.*

—Mi papá ya se murió.

—*Yo avlo kon el kada noche. Kada noche me dize ke esta arraviado kon ti.*

—Mentirosa, él no está enojado conmigo.

—*No se dize menteroza.*

—¡Estás loca!

—*Me vas i a mi a matar. A todos matatesh tu.*

—Yo no maté a nadie.

—*Lo matatesh a tu padre por mucho azerlo arraviar.*

—Eres mala y muy mentirosa.

—*Kualo dijistes?*

—Nada.

—*Ya sentí kualo dijites.*

—Nada.

—Ayde! A echar, *janum*.

—No me digas "*janum*", me dijiste otra cosa. Te voy a acusar con mi mamá.

—*I a eya la keres matar?*

—Déjame en paz, no me vuelvas a hablar nunca. No quiero que seas mi abuela.

—*Moro kon vosotros porke kale ke sea vuestra kudiadora. Si no, kriansas de la kaye vas a salir? Saka las manos de los oyidos para sentir kualo te esto avlando.*

—No oigo nada, no te quiero oír.

—A echar, a echar *ke te vo a dar un shamar entre mushos i karas.*

—Me voy a encerrar hasta que llegue mi mamá y le voy a decir lo que dijiste.

—*Dízelo ama la vas a matar.*

—¡Maldita!

—*Maldicha i tu.*

## Del diario de viaje

Nuestros anhelos van enredándose unos con otros, así llevo a esta tierra: para reunirme. El primer día —ante mis ojos—, solitaria, en su monumentalidad, como en una isla, se abre Aleksander Nevski. En la entrada una información para visitantes extranjeros:

La catedral de San Aleksander Nevski fue construida con los esfuerzos del pueblo búlgaro en memoria de los miles de soldados rusos, búlgaros, ucranianos, moldavos, finlandeses y rumanos quienes, de 1877 a 1878, dieron sus vidas por liberar a Bulgaria del Imperio Otomano.

Una bóveda gigante, a cuarenta y cinco metros de altura, pintada con auras doradas; el piso en geometrías y en medio, la nave inmensa, vacía. El eco rebota el canto del oficiante. En los espacios del silencio cuelga en un columpio sonoro la resonancia. Entra poca luz, la única que escurre por las ventanas amarillentas de la bóveda. Al fondo, la gente enciende velas y las coloca en candelabros negros. Cuando se llena en ocasiones especiales, diez mil personas cantan a la vez. A mi derecha, se levantan leones de mármol y columnas rematadas con un águila de piedra sobre los capiteles. Esta imagen se repite en toda la nave. Al centro de la iglesia hay un círculo de mármol gris y dentro del círculo otro menor, en negro. Los creyentes se detienen en ese punto negro y cierran los ojos para rezar, para internarse en sí mismos o por un deseo. Cuando termina uno, llega el siguiente y el siguiente, en fila, sin parar. Después entro yo, entro de verdad, como entra el eco después del grito, en sordina, pero con vivacidad, pellizcando el oído.